

UNA CARTA BAJO LA FLOR

«Los muertos viven gracias al amor.»

JOHN FOWLES (EL MAGO)

Querido Julián,

Ya han pasado tres años desde aquel domingo que nunca debió existir. Te escribo mi carta antes de hermanarme contigo en este frío y desolado cementerio.

El funcionario ha cerrado la puerta y ni siquiera he tenido que esconderme. Está tan acostumbrado a mis visitas que, para él, me he convertido en una escultura más de este camposanto urbano. He dejado de importarle. Mejor así.

Antes de envolverme en la manta para protegerme del frío de fuera y del de mi propia alma, te escribo a la luz de una vela. Luego doblaré el papel vegetal en cuatro y lo ocultaré tras la flor violeta de mi pecho, muy cerca de mi corazón, como me enseñaron los pálidos.

Te echo de menos, hermano.

Miles de veces se ha proyectado en mi mente la película de nuestra desgracia. Me veo en el garaje de papá, convenciéndote de que tomemos prestada la vieja Sanglas para dar una vuelta. Oigo el zumbido de la puerta que se abre y el rugido de la moto al arrancar. Cuando tomo la carretera de bajada, me dices desde atrás «ten cuidado». Un segundo después veo el camión que se nos cruza y el mundo que da vueltas a mi alrededor, como si el mecanismo que lo mueve hubiera enloquecido. Luego la nada.

He olvidado casi totalmente lo que hice los meses siguientes a tu viaje sin retorno. Sólo recuerdo que mamá se marchó a Estados Unidos, que papá se volvió un muerto viviente, como yo, pero sin disfraz romántico.

Sigo pensando que la muerte se equivocó al elegir a su víctima. Debería haberme llevado a mí, que sólo sumo problemas al mundo, y dejarte a ti con vida.

Pero supongo que es demasiado tarde para lamentaciones.

Durante estos tres años pensé que pronto vendría a hacerte compañía al otro lado de la vida, pero un segundo accidente me lo impidió. El primero te quitó a ti la vida y mató mi alma. El segundo me la devolvió.

Ese accidente se llama Alexia.

Ella me rescató del mundo de los muertos vivientes, quizás porque arrastra su propio tormento y es más fuerte que yo.

Me siento culpable por amarla. Después de lo que te hice, no merezco la felicidad, y ella es lo más parecido a ese estado que puede existir para mí. Tal vez sea una felicidad oscura, llena de turbulencias y puntos ciegos, pero felicidad al fin.

Cuando miro sus ojos negros y profundos, al acariciar sus cabellos y besar la blancura su piel, cada vez que me habla, cuando caminamos de la mano, compartimos el silencio o hacemos el amor, siento que ella es el único mundo al que pertenezco.

Alexia dice que no debería amarla, que es un monstruo por haber enviado a su hermana a la muerte. Pero yo soy otro monstruo, y nuestras almas encajan como un puzzle perfecto formado por dos piezas negras.

Desde el otro lado de la vida, debes preguntarte por qué te explico cosas que ya sabes, puesto que nunca he dejado de sentir tu aliento, hermano. El motivo por el que he venido a pasar otra noche a tu lado, y por el que clavaré este mensaje bajo la flor, es que tengo miedo.

Nunca he temido a la muerte, ya lo sabes, pero me aterroriza pensar en una vida sin Alexia. Hace unos días, cuando nos reencontramos después de un largo silencio, me dijo que tenía que estar preparado para su desaparición. Dice que va a hacer algo terrible y que debe hacerlo sola. Le he preguntado muchas veces sobre ello, pero no quiere hablar. Cuando tocas una de sus zonas de sombra se vuelve el ser más hermético del universo.

Mi pregunta es qué puedo hacer para retenerla. Alexia me pide que deje morir el mañana, pero no puedo vivir con esta incertidumbre. Sé que me volveré loco si vuelve a desaparecer.

Apíadate de mí desde tu eternidad, hermano, y dame algún consejo. Sé que resulto algo patético desde que me he enamorado, pero mi mal ya no tiene cura.

Tuyo siempre,

Christian